

UNA CIUDAD AUTOESCONDIDA

Jorge Binaghi

La invisible ciudad de Kitej y la doncella Fevronia, libreto de V. Belski y música de N. Rimski-Korsakov. Dirección de orquesta: Alexander Vedernikov. Dirección escénica: Eimuntas Nekrosius. Escenografía: Marius Nekrosius. Vestuario: Nadezda Gultiajeva. Intérpretes: Michail Kazakov (Príncipe), Vitaly Panfilov (Príncipe heredero), Tatiana Monogarova (Fevronia), Michail Gubsky (Griska), Gevorg Hakobyan (Feodor), Marika Gulordava (Paje), Elena Manistina (Alkonost), Valery Gilmanov (Bediai), Alexander Naumenko (Burundai), Riccardo Ferrari (músico ambulante), Gianluca Floris (un notable) y otros. Orquesta y coro (director: Fulvio Fogliazza) del Teatro. Cagliari. Teatro Lirico, 2 de mayo de 2008



La nueva temporada de Cagliari, que empieza ahora con la fiesta del Santo Patrono, San Efsio, ha vuelto a traer a primer plano una rareza apenas representada en Italia, la penúltima obra lírica de Rimski-Korsakov, también la última que el autor presencié. Una obra larga, difícil por la trama, un tanto débil y por momentos poco dramática, y por las dificultades escénicas. Por encima de alguna debilidad (el papel del príncipe heredero, un tenor lírico, no tuvo un intérprete suficiente en Vitaly Panfilov, de emisión desigual, centro y grave escasos y agudo proyectado sin comodidas, excepto por la escena final), el magnífico trabajo de una orquesta poco acostumbrada a este tipo de partituras, obra del director Alexander Vedernikov (los tres intermedios sinfónicos fueron notables), el del infatigable coro (muy bien preparado por Fulvio Fogliazza) y el de los numerosos solistas consintió una apreciación profunda de la compleja partitura. Mejor aún, esto se vio reflejado en el gran trabajo de la puesta en escena de Eimuntas Nekrosius (se trata de una coproducción que pasará al Bolshoi y de la cual se prepara un DVD), que si bien en algún momento pecó de 'pobre' (primer acto), reflejó siempre la música y sin 'peros' ya a partir del segundo de manera profunda, esencial, evitando oleografías y algunos detalles demasiado edulcorados del libreto (por momentos algo exasperante, sobre todo en los soliloquios de la protagonista –claro que siempre menos que las interminables invocaciones a los pájaros de cierto Santo cristiano en una obra mucho más próxima en el tiempo, pero también mucho más larga y monótona que esta y que está mal visto considerar un ladrillo).



El acto tercero y en particular el cuarto y la escena final – que, doy fe, aun con Gergiev y el Mariinsky al completo se puede hacer interminable-se vieron beneficiados de este enfoque. Y qué manejo exacto y profundo de las luces Hay que destacar, entre la empinada labor de los cantantes (con la salvedad apuntada), en primer lugar la labor del bajo Michail Kazakov en el príncipe, simplemente extraordinaria para un joven de treinta años; la de la soprano Tatiana Monogarova (pese a algún agudo inestable o metálico), más conocida en Italia, en el agotador de Fevronia y la del tenor Michail Gubsky en el traidor borracho Grishka (una voz no bella, que para el papel no importa tanto cuanto su poder – se trata de un spinto con insistencia en el agudo y centro-y su expresividad; piénsese que en 1960, y aún en italiano, cantaba este rol Vinay, así como Fevronia era la joven Scott). En roles más episódicos, pero no menos difíciles destacaron Marika Gulordava (paje), una voz de soprano importante (aunque probablemente para repertorio eslavo solamente), Gianluca Floris (tenor, un noble), Riccardo Ferrari (bajo, músico ambulante; pocos italianos en roles comprimarios, pero estos dos estuvieron a la altura de los otros), la conocida mezzo Elena Manistina (el pájaro Alkonost) en lo que es probablemente la mejor actuación que le recuerde de las que he presenciado, y muy especialmente el barítono Gevorg Hakobyan (Feodor, el amigo del príncipe), de un color oscuro y un decir intenso que merecería, como los otros, más oportunidades de oírlo. También quisiera oír más a dos bajos como Gilmanov y Naumenko en los dos jefes tártaros, interpretados y cantados dentro de la más ortodoxa tradición rusa para este tipo de roles y de cantantes. Único elemento negativo, un público muy apático en el aplauso (salvo excepciones minoritarias) y que no llenaba el teatro, aunque los comentarios eran positivos (si uno se pone a extrapolar, y siendo argentino mucho más, entiende muchas cosas a primera vista incomprensibles). Sin embargo, Italia –y no sólo- necesitarían más espectáculos así.

segue

